

## ESCENA III

Dichos, ANGELA y FERNANDO

ANGELA, *quien entra del brazo de Fernando y se acerca al sofá.*—¿Interrumpimos?

ROBERTO.—De ninguna manera.

GRACIELA, *a Angela.*—¿No has visto a tu marido? Te buscaba hace un rato.

ANGELA.—Ah! sí; ya recuerdo... no sé que me pasará; pero todo lo que me recomienda mi marido se me olvida.

*A Graciela haciéndole seña disimulada de que debe arreglar su tocado*

¿Quieres venir conmigo?

GRACIELA, *que ha comprendido, se levanta.*—Roberto: me permite usted que lo deje un momento?

ROBERTO.—Con que me abandona usted? Caso de divorcio!

GRACIELA, *sonriendo.*—¡Qué ingratitud!

ANGELA.—Con la venia de ustedes.

*Toma por el brazo a Graciela y desaparecen ambas por la puerta del saloncito contiguo.*

## ESCENA IV

ROBERTO y FERNANDO

FERNANDO, *en voz baja a Roberto.*—Oye, tú ¿a dónde irán?

ROBERTO, *socarrón.*—Vaya una pregunta: ¡al tocador!

Y cuidado que la adorable Graciela se va a llevar un chasco.

FER.—¿Por qué?

ROBERTO.—Porque los espejos son muy descorteses, siempre cantan la verdad: no se parecen a mí!

FER., *con malicia.*—Ya me supongo las barbaridades que le habrás dicho...

ROBERTO.—Ella fué la que me dijo...

FER.—¿Graciela? ¿Qué?...

ROBERTO.—Pst! una frivolidad: que le había dado calabazas a Luis.

FER.—Está de felicitarlo!

ROBERTO.—Lo siento, porque me ha hecho quedar mal.

FER.—A tí, ¿por qué?

ROBERTO, *remarcando la idea.*—Yo había profetizado que algún día Luis giraría cheques...

Una combinación financiera que fracasa: lástima!

FER., *después de reirse unos instantes. Con seriedad.*—Pero yo pensaba decirte algo antes... Ah! ¿Crees tú que Marcelo venga aquí esta noche?

ROBERTO, *frunciendo el ceño.*—¿Y eso?

FER.—Te advierto que empieza a tenerse por el amante de Angela... En el Club lo oí asegurar hace algunas noches...

¿Vendrá?

ROBERTO, *pensativo.*—Es posible... Marcelo es de esos temperamentos incapaces de sentir miedo... Es un civilizado.

FER.—Por muy civilizado que sea, no me negarás que, si viniese, cometería una imprudencia temeraria. La despreocupación de Angela es ya célebre. Apenas si tiene un año de casada y trata a su marido como a una cosa...

Además, según entiendo, éste es hombre que si se enterase no toleraría...

ROBERTO, *interrumpiéndole, con severidad.*—Marcelo es mi amigo íntimo. Perdóname: ¿quieres que hablemos de otro asunto?

FER.—Tienes razón! Excúsame!

*Una pausa de esas que siguen a las situaciones embarazosas. Después con naturalidad.*

A propósito de amoríos. Ya que te ví en coloquios con Graciela... Ahora está libre, por qué no la enamoras y te casas con ella? Aunque delgada, no es fea y es joven y rica: hablando en serio, sería un magnífico negocio...

ROBERTO.—Porque nunca ha sido de buenos comerciantes quedarse con huesos.

FER., *sonriendo.*—No me salgas con una de las tuyas; tú, después de las puyas para Luis, no quieres dar tu brazo a torcer...

ROBERTO.—Sea! En fin, lo pensaré: la Emulsión de Scott hace milagros!

*Semeja pensar seriamente, y añade:*

...Mira, tienes razón, Fernando: las mujeres jóvenes son como los pianos, todas, todas ocultan dulces melodías: la cuestión está en saber tocarlas!...

## ESCENA V

Dichos, MARCELO, LUZ y BLANCA;  
después LUIS

MARCELO, *llega a la puerta del gabinete foro, con ademán de buscar a alguien. Dirigiéndose a Roberto y Fernando.*—¿No habéis visto por aquí a Luz?